

ENSAYO

CONSUMO Y "SOCIEDAD DE CONSUMO"

Fernando Moreno V. *

No es necesario asumir la perspectiva neo o paramarxista en el origen de la denuncia de "la sociedad de consumo" —se sostiene en el presente ensayo— para reconocer que el consumismo es una deformación que implica una inversión de la justa relación entre el ser y el tener. Allí donde la exigencia del verdadero desarrollo humano supone que el tener se ponga al servicio del ser, el consumismo suplanta el ser por el tener.

Esto, no obstante, no debe llevar a desconocer —advierte el autor— el carácter natural e indispensable del consumo mismo. A este respecto, y en los límites de lo instrumental, se señala, debe afirmarse que el desafío que se le presenta a la mayor parte de la humanidad es el de consumir suficientemente. El hombre mismo es un animal racional de consumo.

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Lovaina. Profesor de la Universidad Gabriela Mistral. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Miembro del Consejo Asesor del Centro de Estudios Públicos. De sus numerosas publicaciones pueden destacarse los libros *Iglesia, política y sociedad* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1988) y *De la fe a la ideología* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1989); y entre sus ensayos más recientes "La economía en la perspectiva de la doctrina social de la Iglesia", *Estudios Públicos*, 45 (verano 1992).

Los problemas del consumismo y de la "sociedad de consumo" han sido señalados en nuestro tiempo por escritores y políticos neo o paramarxistas, cuando menos "fronterizos".¹

A pesar de todo el sesgo ideológico de la denuncia implícita en esta consideración del problema, no ha sido difícil reconocer la parte de verdad que había en ella. Esto, así como la referencia a principios "antiguos" que integran el patrimonio doctrinal de la Iglesia, se encuentra en la base de la preocupación y del eco eclesiales que, desde Pablo VI, han venido refiriendo explícita y críticamente al consumismo y a la "sociedad de consumo". Ya León XIII, no obstante, había establecido el marco, si no el fundamento de la crítica eclesial ulterior, cuando en su encíclica *Sapientiae Christianae* (10 de enero de 1980) afirma que "si una sociedad no persigue ningún otro fin que la utilidad exterior y los bienes que incrementan el agrado y el gozo de vida; si ella no da a Dios ningún lugar en el gobierno de los hombres, ni tiene cuenta de las leyes morales, se separa culpablemente de su fin y de las prescripciones de la naturaleza. Es, entonces, más un simulacro y una caricatura de verdadera sociedad que una sociedad y comunidad humanas".²

Es claro que lo que León XIII cuestiona no es la disposición y el uso de los bienes materiales sino su prosecución exclusiva, que lleva a excluir a Dios mismo de la sociedad. No siendo los bienes materiales el fin último del hombre sino un medio para él (o para otros fines intermediarios), la *constatación empírica* de que "mientras más progresa el bienestar físico más se acentúa la decadencia de los bienes del alma",³ no puede dejar indiferente a la Iglesia, por mucho que, por otro lado, y sin contradicción ninguna, ella exhorta a facilitar o a procurar el uso por parte de todos, y proporcionadamente, de los bienes que directa o indirectamente Dios da a los hombres.

Sin que la expresión haya sido utilizada por León XIII,⁴ lo que está aquí en cuestión es que el *tener* (o tener más) no se lleve a cabo a costas del *ser* (o ser más) sino *para* él. Si "tener más" es "necesario para permitir al hombre ser más hombre, aquello lo encierra como en una prisión del momento que se convierte en el bien supremo que impide mirar más allá", dirá luego Pablo VI, como haciendo eco al juicio Leonino.⁵ El hombre,

¹ Véase, por ejemplo, Henri Lefebvre, *La vie quotidienne dans le monde moderne* (París: Gallimard).

² Citada en Patrick de Laubies, *La pensée sociale de l'Eglise Catholique* (París: Albatros, 1980), p. 31.

³ Ibídem.

⁴ Lo será por Pablo VI, por primera vez en el magisterio eclesial.

⁵ *Populorum progressio* (26 de marzo de 1967), N° 19. Véase también N° 6 de la misma encíclica.

"¿no se hace entonces esclavo de los objetos que produce?".⁶ El que los bienes superiores no deban ser sacrificados en aras de los bienes inferiores no implica que estos últimos sean de suyo desdeñables; al revés: son propiamente *bienes*, y como tales legítimamente deseables. Pero el hombre mismo (en su "corazón", podríamos decir en términos bíblicos) no debe dejarse como arrastrar por ellos.

Aquí la *conversión* a los bienes externos es, al mismo tiempo, *aversión* de Dios, como ya vio San Agustín; por ello, "ansiendo ser más, el hombre llega a ser menos".⁷

Con el Segundo Concilio Vaticano, Juan Pablo II dirá que "no es posible limitarse a tener más, hay que ser más".⁸ Y, aludiendo luego a la "civilización consumística", es decir, a aquella "que consiste en un cierto exceso de bienes necesarios al hombre, y a las sociedades enteras", afirmará que "el hombre no puede renunciar a sí mismo, ni al puesto que le es propio en el mundo visible; no puede hacerse esclavo de las cosas, de los sistemas económicos, de la producción y de sus propios productos".

Y es que "una civilización con perfil puramente materialista, condena al hombre a tal esclavitud; por más que tal vez (...) esto suceda contra las intenciones y las premisas de sus pioneros".⁹

Es indudable que para Juan Pablo II "hay naciones que dan excesiva importancia al crecimiento económico y a la posesión de los bienes materiales, descuidando las cosas del espíritu".¹⁰ Pero, como recuerda el Papa actual con el Concilio último, una vez más, "el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene".¹¹ El "tener", sin ser de suyo antinómico con el "ser", debe prestarse para el desarrollo y perfección de cada sujeto personal. "El mal no consiste en el 'tener' como tal, sino en el poseer que no respeta la *calidad* y la *ordenada jerarquía* de los bienes que se tienen".¹² La importancia de este juicio pontificio, dado en *Sollicitudo rei socialis*, nos parece proporcional a la denuncia crítica del más reciente magisterio eclesial,¹³ la cual adquiere, en la misma encíclica, como paradoja, una

⁶*Octogésima adveniens* (14 de mayo de 1971), N° 9.

⁷*Civitas del*, XIV, 13.

⁸Discurso de Puebla (28 de enero de 1979), DI, 4, y, *Gaudium et spes*, 35. Véase, también, *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), N° 16.

⁹*Redemptor hominis*, 16.

¹⁰Homilía en Limerick (Irlanda, 1 de octubre de 1979), 3. Hay aquí también un eco al juicio de León XIII, antes referido.

¹¹*Laborem exercens* (14 de septiembre de 1981), N° 26, y, *Gaudium et spes*, 35.

¹²*Sollicitudo rei socialis* (30 de diciembre de 1987), N° 28.

¹³Desde 1965 adelante.

radicalidad inusitada en relación al problema. En relación a lo que la encíclica en cuestión designa como "superdesarrollo", se afirma que éste "consiste en la excesiva disponibilidad de toda clase de bienes materiales para algunas categorías sociales", lo cual "fácilmente hace a los hombres esclavos de la 'posesión' y del goce inmediato, sin otro horizonte que la multiplicación o la continua sustitución de los objetos que se poseen por otros todavía más perfectos". "Es —se dice— la llamada civilización del 'consumo' o consumismo, que comporta tantos 'desechos' o 'basuras'. Un objeto poseído —prosigue la encíclica—, y ya superado por otro más perfecto, es descartado simplemente, sin tener en cuenta su posible valor permanente para uno mismo o para otro ser humano más pobre. Todos somos testigos de los tristes efectos de esta ciega sumisión al mero consumo: en primer término, una forma de materialismo craso, y al mismo tiempo una radical insatisfacción, porque se comprende rápidamente que — si no se está prevenido contra la inundación de mensajes publicitarios y la oferta tentadora de productos— cuanto más se posee, más se desea, mientras las aspiraciones más profundas quedan sin satisfacer, quizás incluso sofocadas".¹⁴ Todo esto es tanto más grave cuando el "tener de algunos" se hace a "expensas del 'ser' de tantos otros",¹⁵ aun si, en este caso, se está reconociendo implícitamente la bondad y la necesidad del "tener".

La sociedad de consumo, en síntesis, "excluyendo (...) los valores espirituales", reduce "al hombre a la esfera de lo económico y a la satisfacción de las necesidades materiales";¹⁶ altera su verdadera jerarquía de valores "al provocar de manera desenfrenada los instintos y las tendencias al goce inmediato".¹⁷ Así, muchos hombres consumen su existencia "en un goce que se propone como fin en sí mismo".¹⁸ Esto acarrea, como consecuencia, el derroche de los bienes producidos, así como de "los recursos de la Tierra y su misma vida".¹⁹

Ahora bien, el sesgo pastoral de toda esta enseñanza, así como su riqueza moral y su fuerza exhortativa, no pueden llevar a olvidar que el hombre es un ser espiritual y corpóreo que, dada su materialidad, necesita de bienes homogéneos a ella para existir, vivir y desarrollarse. Aunque no son los bienes primeros (los más importantes), los bienes materiales son para el

¹⁴*Sollicitudo rei socialis*, 28.

¹⁵*Ibidem*, N°31.

¹⁶*Centesimum annus* (1 de mayo de 1991), N° 19.

¹⁷*Ibidem*, II, 4, y *Ethicorum*, IX, 8.29.

¹⁸*Ibidem* N° 36.

¹⁹*Ibidem* N° 27.

hombre los primeros bienes;²⁰ sin éstos, simplemente no existe realmente. En este sentido, el hombre es, evidentemente, un ser de necesidades materiales, y por allí, es un ser de consumo; si no consume *se consume*, podríamos decir. De ahí que, como dijera Santo Tomás comentando a Aristóteles, "la indigencia humana contiene todas las cosas (...)";²¹ lo cual, al tiempo que define ya la necesidad, constituye el principio del consumo.

Pero "los bienes exteriores se ordenan a los anteriores", como el cuerpo se ordena al alma; y son "buenos para el hombre en cuanto sirven al bien de la razón; pero cuando lo impiden, entonces se convierten en males para el hombre".²²

Ahora, el uso de los bienes materiales, que define propiamente el consumo, si bien debe implicar una búsqueda de aquéllos, debe orientarse, al menos en último término, a adquirir y practicar las virtudes, en lo cual consiste la verdadera felicidad y el bien, como ya vio Aristóteles.²³ A menudo, sin embargo, lo que ocurre es que tienden a ser buscados por sí mismos; y esto, en la medida en que se ve en su posesión y uso la causa propia de la felicidad y del bien.²⁴

Esta inversión, que conduce a hacer de los medios fines, y fines de los medios, se expresa con una cierta ilimitación, o en un dinamismo difícilmente controlable; y es que el apetito humano es por naturaleza ilimitado, y "la mayoría del género humano vive para satisfacer el apetito".²⁵ Aun el magnánimo reconoce la utilidad de los bienes exteriores, pero "la multitud misma" convierte esos bienes "en los mayores bienes".²⁶ Se opone así a las exigencias propias a la virtud de templanza, o a las del hombre templado, quien, como decía San Agustín, no desea los bienes exteriores por sí mismos, sino que se sirve de ellos para las necesidades y obligaciones de esta vida, "con la moderación del usufructuario y no con la pasión del amante".²⁷

²⁰Santo Tomás llama necesario "aquello sin lo cual no se puede vivir de una manera conforme a su condición, y al rango propio y de las personas que se tiene a cargo", *Suma de Teología*, II - II, q. 32 a 6.

²¹*Ethicorum*, V, 9.

²²Santo Tomás de Aquino, *Suma contra los gentiles*, DI, 141.

²³*La Política*, VII, 1; *Ethicorum*, I, 9. Comentando a Aristóteles, Santo Tomás señala que "el mismo exceso de los bienes de la fortuna impide la felicidad, en cuanto algunos, por esto, son impedidos de la operación virtuosa, en la cual consiste la felicidad" (*Ethicorum*, VII, 13).

²⁴*La Política*, VE, 12.

²⁵*Ibídem*, E, 4, y *Ethicorum*, IX, 8.

²⁶Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, II - II, q. 129, a. 8.

²⁷Citado por Santo Tomás de Aquino en *Suma de Teología*, II - II, q. 141, implícita aquí la noción de lo superfluo, es decir, de "lo que no se

Queda en pie, sin embargo, que ni Aristóteles ni San Agustín ni Santo Tomás de Aquino dejan de reconocer la bondad y utilidad de los bienes exteriores, allí mismo donde, por otro lado, ellos critican su uso desproporcionado o desordenado. "Todas las cosas delectables que se ofrecen al uso del hombre, se ordenan a las necesidades de esta vida como a su fin".²⁸ Son aquéllas meros medios, cuyo valor (o cuya virtud) reside precisamente en ser proporcionadas al fin.²⁹ De suyo, la preocupación por ellas "no está prohibida"; lo está sólo el afán "superfluo y desordenado" a su respecto.³⁰

Aristóteles había ya constatado que el exceso de bienes exteriores corrompe a los hombres *por su exceso mismo*³¹ Y esta corrupción es al mismo tiempo una alteración radical de la *buena* vida, es decir, de la vida según la virtud. El exceso de bienes instrumentales (exteriores y materiales) "necesariamente daña o no hace bien a su poseedor".³² La cantidad de bienes exteriores delata hasta cierto punto (al menos en el caso de una cantidad mediana o en el de una posesión exagerada) la disposición de su poseedor frente a ellos. En este sentido se puede decir que, *de suyo* (y tal vez en general), una cantidad proporcionada de bienes exteriores supone una referencia instrumental a éstos, allí donde una cantidad excesiva delata más bien (o generalmente) una valoración finalista de aquéllos. Pero "los bienes exteriores son medios relativos a un fin" y, por ello, el hombre que los desea los desea legítimamente si "respeta la proporción entre los medios y el fin"³³ evitando, por allí, cualquiera indebida inversión de los términos. "Los bienes temporales son sometidos al hombre para que él use de ellos según la medida de sus necesidades, y no para que ponga en ellos su fin, y les dedique una solicitud superflua".³⁴

Santo Tomás liga la posesión desproporcionada y el uso desordenado de los bienes materiales a la codicia y a la avaricia (pecado capital y

necesita para la mantención no sólo del individuo como tal, sino de las personas que tiene a su cargo, así como de aquellos con quienes, dada su situación, está obligado a convivir" (Ibídem II - II, q. 32, a. 5).

²⁸Ibídem.

²⁹*Suma de Teología*, II - II, q. 188, a. 7. También, II - II, q. 83, a. 6.

³⁰*Suma de Teología*, II - II, q. 83, a. 6.

³¹*Gran Moral*, II, 5.

³²*La Política*, VII, 1.

³³*Suma de Teología*, II - II, q. 118, a. 1.

³⁴*Suma de Teología*, II - II, q. 55, a. 6.

vicio),³⁵ es decir, especialmente, al "deseo inmoderado de riquezas" en que consiste la primera.³⁶

Más allá de Aristóteles, por consiguiente, el Aquinate ve en este desorden, y en esa desproporción, un correlativo alejamiento del hombre de su verdadero bien, aun si de suyo "el bien perecedero, a menos que se haga de él un fin, no se presenta como un término opuesto al bien imperecedero".³⁷ Es, digámoslo una vez más, "la solicitud ilícita por las cosas temporales" lo que lleva al hombre a alejarse "de los bienes espirituales a los que debe dedicarse principalmente".³⁸

Ahora bien, el hecho de que los bienes exteriores sean materiales es lo que, independientemente de cualquiera consideración teológica, les da el carácter de instrumentos y, según el ordenamiento al fin a que estén destinados, los somete "a una cierta medida".³⁹ Es esta medida la que regula el uso de los bienes exteriores, determinando al mismo tiempo la calidad moral (bien o mal) de su posesión. Siendo el *uso* en relación a un fin el objeto de la posesión, podría decirse que el problema de la "sociedad de consumo" está en pasar del uso legítimo y deseable al puro goce, en cuanto éste "comporta un movimiento absoluto del apetito hacia su objeto".⁴⁰ No siendo de suyo reprobable el goce de algo, lo que crea problema es la *suplantación* del uso por el goce. Una vez más aparece aquí que aun estando la posesión positivamente consagrada por el orden natural y divino de las cosas, "el uso de un bien personal no es necesariamente bueno de por sí, cualquiera sea la manera que ello ocurra";⁴¹ la orientación efectiva al fin, la regulación normativa que allí se fundamente, y la proporción inherente a la calidad misma del bien (material) determinan la bondad o maldad de ese uso (y acto). En este sentido, también el derroche que comporta el consumismo (no el debido, "racional" y deseable consumo) contribuye a fundamentar el juicio crítico frente a aquél. El derroche, inherente al consumismo, implica la tendencia a conducir al máximo absoluto de sus posibilidades la explotación de un bien material, allí donde lo normal es no llevar esa explotación

³⁵Ibíd., I - II, q. 84, a. 1, y II - II, q. 118, a. 1.

³⁶Ibíd., I - II, q. 84, a. 1.

³⁷Ibíd., I - II, q. 88, a. 1.

³⁸Ibíd., II - II, q. 55, a. 6.

³⁹Ibíd., I - II, q. 32, a. 7. Lo contrario ocurre con los bienes espirituales, en los cuales el exceso no es posible.

⁴⁰Ibíd., I - H, q. 16, a. 2.

⁴¹C. Spicq, "Renseignements techniques", [en edición francesa Desclée, 1947], de la *Suma de Teología* (II - II, qq. 63-66).

sino a un máximo relativo a los requerimientos del "servicio al ser humano".⁴²

A esta altura de nuestro análisis aparece la conveniencia de situar la cuestión del consumo, y de su alteración consumista, en el marco más amplio de consideraciones relativas al desarrollo integral y la calidad de vida.

Y ello, porque es en esta inserción donde adquiere sentido hoy —y en un ámbito ampliado a escala del mercado mismo— tanto la valoración del consumo como, diversamente, la crítica de la "sociedad de consumo". La doctrina ya acuñada sobre el desarrollo y lo que se ha dado en llamar "calidad de vida" suponen planteamientos antropológicos fundamentales, los cuales al tiempo que permiten apreciar mejor el valor para el hombre de los bienes exteriores y de su buen uso, ayudan a "calibrar", si pudiera decirse, el que "el hombre se siente inclinado a unirse a las cosas inferiores a Dios, tomándolas como fin (...) por ignorar la dignidad de su propia naturaleza. De ello resulta que algunos, al considerar sólo la naturaleza corpórea y sensitiva, que es lo que tienen de común con los demás animales, busquen una bienaventuranza propia de bestias, en las cosas corporales y en los placeres sensibles", para decirlo una vez más con el doctor Angélico.⁴³ □

⁴² C. Spicq, "Renseignements techniques", [en edición francesa Desclée, 1947], de la *Suma de Teología* (II - II, qq. 63-66).

⁴³ *Suma Contra los Gentiles*, IV, 54, p. 343.